

## REVELACION Y ENCUENTRO CON CRISTO

Al analizar los numerosos viajes de Juan Pablo II, con las reuniones y discursos que los jalonan, cabe advertir diferencias y peculiaridades, que obedecen a su adecuación al ambiente y a los problemas del país concreto de que se trate. Pero resulta fácil detectar a la vez algunas constantes, sea respecto a la forma de actuar sea con relación al mensaje mismo. De hecho, a través de las vicisitudes de los años pasados desde el todavía cercano pero ya distante 1978, su Pontificado resulta enormemente unitario, surcado, desde el primer momento, por un proyecto o línea de fondo que unifica las diversas actuaciones.

Uno de los textos expresivos de esa actitud radical es, por lo que se refiere a los pronunciados durante su viaje a España, el discurso dirigido a los teólogos en Salamanca: «La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana». «Ante esa situación —proseguía—, la teología está llamada a concentrar su reflexión en los que son sus temas radicales y decisivos: el misterio de Dios, del Dios trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-Amor; el misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; el misterio del hombre, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida»<sup>1</sup>.

1 'Discurso a los teólogos españoles' (Salamanca, 1.XI.82) n. 3.

Al pasear su mirada sobre el panorama cultural y vital de nuestra época Juan Pablo II detecta la tendencia del hombre contemporáneo a juzgar de sí mismo desde un horizonte mundano, finito, limitado. En ocasiones, como en el texto recién citado, analiza esa disposición poniendo de manifiesto su relación con filosofías de corte positivista o agnóstico. En otras, subraya más bien su vinculación con proyectos político —sociales que reducen al hombre a la condición de objeto de producción de consumo<sup>2</sup>, o con un desengaño existencial que desemboca en el escepticismo, en el nihilismo, en la duda ante el sentido de la vida, en el «pasotismo»<sup>3</sup>. Las variaciones del tema son, en efecto, numerosas. En todo caso, esos diversos planteamientos o actitudes son siempre descritos como autolimitación, como encerramiento, como cercenamiento de posibilidades. Juan Pablo II no se limita a dar constancia de hechos o situaciones socio-culturales sino que los juzga y valora desde la fe, desde el anuncio bíblico y cristiano sobre el hombre como ser hecho a imagen de Dios y llamado a la comunicación con Dios mismo. Y, desde esa perspectiva de infinito, la afirmación de un horizonte de pura mundanidad no es, en modo alguno, la aceptación realista de la empírica condición humana, sino un trágico desconocimiento u olvido de lo real.

Ese diagnóstico no constituye una novedad en la historia del pensamiento: una amplia gama de textos magisteriales y teológicos, fácilmente localizados podría documentar su repetida enunciación a lo largo de los últimos siglos. En Juan Pablo II tiene, no obstante, resonancias peculiares. Limitémosnos a las que nos parecen más importantes: su carácter, a la vez, positivo y teologal. Juan Pablo II es consciente de las tensiones y de los problemas que agitan a nuestra cultura, más aún habla de ellos con claridad, pero en sus textos no encontramos denuncias amargas ni tampoco una presentación del mundo moderno como una civilización condenada a la crisis y susceptible de salvación sólo a través de la destrucción y de la catarsis, al estilo de lo que hicieran un Kierkegaard o de un Ventura de Ráulica. Tampoco acude, como acudió la neoescolástica, a la filosofía, para obtener a través de ella una regeneración de la naturaleza que facilite o prepare la llegada de la gracia. Lo que da el tono de su predicación

2 'Discurso en la Universidad Complutense' (Madrid, 3.XI.82) n. 11; 'Discurso a los trabajadores y empresarios' (Barcelona, 7.XI.82) n. 9-10.

3 'Encuentro con los jóvenes' (Madrid, 3.XI.82) n. 3; 'Discurso europeísta' (Santiago de Compostela, 9.XI.82) n. 3.

es una presentación neta del núcleo central del cristianismo, Cristo mismo, confiando en la inmediata capacidad de acción de ese anuncio. Juan Pablo II opera, en suma, desde la honda convicción de que en todo hombre está viva, aunque a veces oculta, cubierta o incluso prácticamente apagada, esa capacidad de Dios con la que entronca el mensaje cristiano. Lo que conviene y urge ante todo es, por tanto, proclamar ese mensaje, anunciar a Cristo ya que en El, y sólo en El, habita la fuerza capaz de sacar al hombre de esa incertidumbre y de ese desconocimiento de sí mismo al que le condena su autolimitación a un horizonte de finitud.

«Yo siento sobre mí el deber —exclamaba ante los universitarios reunidos en la Complutense— de proclamar ante vosotros que ese *algo*, el *Dios desconocido* que los hombres buscan a tientas, existe y es el fundamento de todo y *el que hace nuevas todas las cosas* (cf. Hech. 17, 23s.; Ap 21, 5). Como Pablo en el areópago de Atenas, os anuncio hoy al Dios vivo y a su Hijo, Jesucristo (...). La sociedad actual tiene bastante afinidad con aquella en la que se abrió paso la primera predicación del Evangelio. Nos sentimos, como muchos hombres de aquella época, aprisionados en nuestra impotencia, sumergidos en múltiples ofertas de salvación que vemos como no definitivas y engañosas. Pero, como sucedió a los hombres de aquella antigua generación, desde la experiencia de nuestra limitación tenemos hoy la vivencia de un don que nos desborda, una misericordia sumamente acogedora, puede salvarnos en plenitud, ofreciéndonos la gratuidad de su amor. Yo, servidor de Jesucristo, tengo la misión de afirmar que esa salvación es cierta para quienes creen y confían en el nombre de Jesús. Sí, Cristo —el Hijo de Dios vivo— confiere toda su grandeza a nuestro ser personal, es el garante de lo que pensamos y queremos ser...»<sup>4</sup>.

En ese contexto el concepto de revelación adquiere importancia decisiva. El cristianismo entero es revelación, acontecimiento y palabra que desvelan lo que permanecía oculto, pero que constituye, por designio divino, el auténtico fondo de lo real, aquello de lo que depende todo sentido. Sería interesante un estudio sobre el término «revelación», y sobre la realidad que ese vocable designa, en el conjunto de los textos de Juan Pablo II desde las encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, donde cabe encontrarlos casi en cada párrafo,

4 'Saludo a los universitarios madrileños' (Madrid, 3.XI.82) nn. 2-3.

hasta sus discursos y alocuciones más recientes. Vamos aquí a limitarnos a sus manifestaciones durante la visita a España, sin perjuicio de hacer referencia a algunos párrafos de esas dos encíclicas programáticas, especialmente significativos.

### 1. REVELACION DE DIOS, REVELACION DEL HOMBRE

Todo intento de caracterizar una revelación, un acto de desvelamiento, ha de partir de la consideración de aquello que se manifiesta o desvela, y sólo luego dirigir la atención al modo o proceso de desvelamiento «qué» y «cómo» son ciertamente inseparables, pero precisamente porque el primero tiene la primacía y condiciona al segundo.

Ante la pregunta por lo revelado en el acontecer cristiano, los textos de Juan Pablo II ofrecen una respuesta decidida: el amor de Dios. Y el amor entendido no de manera abstracta sino concreta y plena, es decir connotando el misterio o realidad profunda de Aquel que ama, el amor mismo, y el sujeto o destinatario de amor, o sea el hombre. En Cristo Jesús —leemos en uno de los párrafos más densos de la *Redemptor hominis*— «se ha revelado de un modo nuevo y más admirable la verdad fundamental sobre la creación que testimonia el libro del Génesis cuando repite varias veces: *Y vio Dios ser bueno (...)*. En Jesucristo, el mundo visible creado por Dios para el hombre —el mundo que, entrando el pecado, está sujeto a la vanidad— adquiere nuevamente el vínculo original con la misma fuente divina de la Sabiduría y del Amor». Y de esa forma «el Dios de la creación se revela como Dios de la redención, como Dios que es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación. El suyo es amor que no retrocede ante nada de lo que en él mismo exige la justicia (...). Si *trató como pecado* a Aquel que estaba absolutamente sin pecado alguno, lo hizo para revelar el amor que es siempre más grande que todo lo creado, el amor que es El mismo, porque *Dios es amor*. Y sobre todo el amor es más grande que el pecado, que la debilidad, que la *vanidad de la creación*, más fuerte que la muerte; es amor siempre dispuesto a aliviar y a perdonar, siempre dispuesto a ir al encuentro con el hijo pródigo, siempre a la búsqueda de la *manifestación de los hijos de Dios*»<sup>5</sup>.

5 Enc. *Redemptor hominis*, nn. 8 y 9.

El mensaje cristiano pone de manifiesto que Dios «no es un ser lejano, sino un Dios muy próximo, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres»<sup>6</sup>. Dios se ha revelado como Aquel que ama, más aún como el Dios que es fiel a su amor, como el Dios cuyo amor es más fuerte que la muerte, que la ingratitud o la deslealtad. Mejor todavía, como el Dios que es amor: el amor no es algo que se yuxtapone o añade a Dios, sino que lo constituye y define. El hecho de que Dios ame al hombre, nos hace conocer que Dios es amor. La palabra que Dios nos dirige nos permite entrever la hondura y riqueza de ese misterio del que el amor proviene. Dios no es mónada inerte, sino vida y vida de entrega: el mutuo y eterno darse de la realidad trinitaria. Y ese amor se manifiesta en la historia, se vuelca en el hombre.

Por eso la revelación de Dios es, a la vez, revelación del hombre. Hay, por expresarnos con los términos de la *Redemptor hominis*, una dimensión divina y una dimensión humana de la Redención<sup>7</sup>. Dejarse penetrar por la fe cristiana es advertir que «lo más hondo, lo más verdadero del hombre» es «la presencia activa de Dios en él»<sup>8</sup>; es conocerse como conocido y amado por Dios y, por tanto, como ser dotado de valor, capaz de eternidad. «En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, del sentido de la existencia»<sup>9</sup>. El «conocimiento de Dios como Padre» —reiteraba en el Estadio Bernabeu— lleva consigo «la visión del hombre como objeto del amor divino como imagen de Dios, como destino eterno, como ser redimido por Cristo, como hijo del mismo Padre del cielo»<sup>10</sup>.

De esos dos momentos, el divino y el humano, la revelación de Dios y la del hombre, el primero tiene valor fundante, absoluto y radical, puesto que «el hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo *mediante* la revelación del misterio del Padre y de su amor»<sup>11</sup>. A ese centro debe, pues, dirigirse constantemente la mirada y en él debe permanecer fijo el corazón. Pero ese centro remite a su vez a lo que de él fluye. Es por eso imposible hablar cristiana y cristológica-

6 'Alocución a la Adoración Nocturna Española' (Madrid, 31.X.82) n. 1.

7 Enc. *Redemptor hominis*, nn. 9 y 10.

8 'Mensaje el día de Santa Teresa' (Roma, 15.X.82).

9 Enc. *Redemptor hominis*, n. 11.

10 'Encuentro con los jóvenes' (Madrid, 3.XI.82) n. 4.

11 Enc. *Dives in misericordia*, n. 1.

mente del misterio de Dios, de la hondura de su vivir, sin connotar a aquel a quien Dios ama y con respecto al cual el misterio divino nos ha sido revelado, es decir, sin connotar al hombre. Podemos, debemos, definir a Dios sin incluir en esa definición al hombre, ya que así lo reclama la libertad y la gratuidad de la creación. Pero esa consideración no constituye el punto de llegada del pensar cristiano, sino un momento que debe ser trascendido, para, sin prescindir jamás de él, asumirlo en la admiración y la maravilla ante el hecho de que el Dios inaccesible, haya querido hacerse cercano, entrar en relación de amor con el hombre.

El objeto de la revelación, lo que se revela, es precisamente la inseparabilidad entre Dios y el hombre, establecida por Dios mismo. En ese sentido puede decirse que la revelación versa no tanto sobre Dios y el hombre, considerados en diferenciación y aislamiento, cuanto sobre la relación entre ambos. La revelación nos manifiesta un amor ejercido, en el que el amante se entrega al amado, y el amado es transformado y elevado por el amante. Nos habla ciertamente del amante y del amado, de Dios y del hombre, y que no de cualquier manera sino precisamente desvelando lo más íntimo y profundo de cada ser, ya que amar es atraer hacia sí, comunicar la propia y radical intimidad<sup>12</sup>; pero nos habla de uno y de otro en el acto de entregarse, en el comunicarse mismo, y, por tanto, en el constituirse y desarrollarse de un amor que da sentido a la totalidad de las cosas. Revelación del ser, revelación de la relación y revelación del valor de la existencia forman una profunda unidad<sup>13</sup>.

## 2. CRISTO, CULMEN Y FUENTE DE LA REVELACION

«En cierto sentido, la revelación es el primer fruto de la complacencia de Dios sobre los hombres. Dios se ha complacido *desde la eternidad* en el hombre, y por eso se ha revelado *en el tiempo* a sí mismo y los planes misericordiosos de su voluntad»<sup>14</sup>. Estas palabras,

12 Es esto lo que desconocen los planteamientos que interpretan la revelación como una revelación funcional o de la función ejercida: amar —amar entre personas— no es una función ajena o externa al ser, sino el ser en acto de comunicarse.

13 Es precisamente, este núcleo, rico y unitario a la vez, lo que Juan Pablo II propone como tema radical y decisivo para la reflexión teológica: 'Discurso a los teólogos españoles' (Salamanca, 1.XI.82) n. 3.

14 'Discurso a los educadores' (Granada, 5.XI.82) n. 1.

pronunciadas en Granada, al comienzo del discurso dirigido a los educadores, nos sitúan ante la revelación como proceso ocurrido en el tiempo y en el que nos ha sido manifestado el amor presente en Dios desde toda la eternidad.

Al describir con más detalle ese proceso, Juan Pablo II se coloca en clara continuidad con los textos sobre la revelación promulgados por el Concilio Vaticano II, y en particular con la declaración de la Constitución *Dei Verbum* según la cual la revelación se realizó mediante «palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí»<sup>15</sup>. Puede incluso decirse que acentúa esa doctrina. La revelación de que Dios es amor acontece en el amor mismo: en el acto concreto de amar, y de amar con hechos que llegan hasta las últimas consecuencias. Revelar, también en el lenguaje cristiano, significa informar, pero informar insertándose en la vida viviéndola, testificando con el entramado de la existencia. No sólo es del amor de donde «nace la revelación», sino que ese amor «se expresa y realiza» en ella<sup>16</sup>.

Por eso tiene su cumbre, su culminación, su consumación en Cristo y, más concretamente, en su muerte y resurrección, donde tuvo lugar el acontecimiento central de nuestra redención, se produjo una nueva y definitiva revelación de la paternidad de Dios y se nos otorgó el Espíritu que nos introduce en el vivir de Dios mismo. Con la «revelación del Padre» y la «efusión del Espíritu Santo» se manifestó el sentido de la cruz y de la muerte de Cristo, se nos reveló, de modo radical e irrevocable, que Dios es amor, amor más fuerte que el pecado y que la muerte, amor que llega hasta el perdón y la misericordia. A partir de ese momento la «revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo»<sup>17</sup>. «Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, crucificado para nuestra salvación y resucitado por el poder de Dios»: este es «el núcleo fundamental del Evangelio», «el centro del anuncio y término de la fe cristiana»<sup>18</sup>.

La revelación tiene carácter cristocéntrico y cristológico: culmina en Cristo y ha de ser comprendida e interpretada desde Cristo. Pero, para captar con precisión el enfoque propio de Juan Pablo II, es nece-

15 Concilio Vaticano II, Constitución *Dei Verbum*, n. 2.

16 'Discurso a los educadores' (Granada, 5.XI.82) n. 7.

17 Enc. *Redemptor hominis*, n. 9.

18 'Homilía en Toledo' (4.XI.82) n. 3; también 'Discurso a los educadores' (Granada, 5.XI.82) n. 3.

sario decir algo más. El Concilio Vaticano II en la Constitución *Dei Verbum* adoptó una perspectiva que podemos calificar de histórica: aspira a describir el desarrollo de la revelación, su realizarse en el tiempo, desde el momento de los orígenes hasta Cristo, que es presentado por tanto como la cumbre o culminación de ese proceso. Esa perspectiva no está ausente de los textos de Juan Pablo II; no es, sin embargo, la que le resulta más natural, ya que, de ordinario, no narra una historia sino que se sitúa en el hoy de la Iglesia y del mundo, en el presente de la predicación, en el advenimiento de la revelación al hombre concreto de nuestros días. Cristo aparece así no como Aquel en quien culmina un proceso, sino como Aquel en quien, habiendo sido ya consumado el proceso revelador, la revelación está como resumida o concentrada. Cristo es la síntesis de la revelación, el «Verbo viviente de la verdad divina»<sup>19</sup>, el «Evangelio viviente»<sup>20</sup> el «signo legible de que Dios es amor»<sup>21</sup>, la «fuente misma de la revelación»<sup>22</sup>, «el Hijo que desea revelar toda la verdad del amor de Dios»<sup>23</sup>, la realidad viva en la que la revelación, subsiste de donde fluye en la actualidad, donde hoy y ahora es dado encontrarla.

La revelación es mensaje, palabra pronunciada en el tiempo y transmitida de generación en generación. Pero es palabra unida a realidades. Y esto no sólo en un sentido histórico, puesto que en su aparecer originario estuvo unida a sucesos con los que está vinculada y a los que remite, sino, mucho más radicalmente, en un sentido presencial o sacramental, ya que se refiere a realidades vivas, presentes y comunicadas hoy y ahora. La palabra de la revelación remite a la persona, al ser vivo y concreto de Cristo Jesús. Cristo no es sólo Aquel que llevó a cumplimiento definitivo la revelación, ni tampoco exclusivamente Aquel de quien la revelación habla, sino, más profundamente, Aquel que la revelación da a conocer como presente, Aquel que en la revelación se nos entrega y que, al entregarse, nos introduce en el misterio y en la vida de Dios Padre. La revelación es, en suma, la presencialidad del misterio de Cristo, Cristo en acto de situarse ante el hombre, Dios mismo manifestándose en Cristo y llamando al hombre por la acción del Espíritu.

19 Enc. *Redemptor hominis*, n. 19.

20 'Homilía en Guadalupe' (4.XI.82) n. 4.

21 Enc. *Dives in misericordia*, n. 3.

22 'Discurso en Segovia' (4.XI.82) n. 5.

23 'Discurso a los educadores' (Granada, 5.XI.82) n. 1.



Acoger la revelación no es, por eso exclusivamente recibir un mensaje, prestarle asentimiento, sino unirse a una persona. La teología reciente ha subrayado el carácter no sólo de conocimiento, sino de entrega y confianza que implica la fe. Juan Pablo II conoce esa problemática<sup>24</sup>, la presupone y la desarrolla. Acoger la revelación es adherir a Cristo como a Aquel en quien la revelación subsiste, como Aquel que es la revelación misma, el amor manifestado, Dios acercándose al hombre y asumiendo al hombre para acercarlo a El. La acogida de la revelación implica la acogida del mensaje, de la palabra que desvela el designio divino pero no termina en la aceptación de la palabra predicada, sino que reclama «acerca de Cristo», «entrar en El con todo su ser», «*apropiarse* y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención»<sup>25</sup>. Y ello no simplemente como prolongación en la vida de una realidad que se supone plena en el orden del conocimiento, sino como elemento integrante del mismo desarrollo del proceso de conocer. Es, en efecto, cuando se actúa en «hondo proceso» de incorporación vital, cuando el acontecimiento de la revelación despliega en cada hombre la totalidad de sus riquezas redundando en conciencia de sentido, en maravilla, en estupor, en adoración<sup>26</sup>. Y, a la vez e inseparablemente, en compromiso, porque la palabra de la revelación, Cristo mismo hecho presente en ella, a la par que ilumina, invita y llama al seguimiento.

### 3. IGLESIA Y ENCUENTRO CON CRISTO

Todo discurso sobre la revelación exige referirse a la Iglesia, en la que la revelación pervive y se actualiza en cada etapa de la historia. No es este el momento, ni resulta necesario para nuestros fines, de exponer y ni siquiera de esbozar las enseñanzas eclesiológicas de Juan Pablo II. Anotemos solamente que gusta de citar el texto de la Constitución *Lumen gentium* que describe a la Iglesia como signo y

24 Una amplia referencia puede encontrarse en sus diálogos con Frossard: «¡No tengáis miedo!» *André Frossard dialoga con Juan Pablo II* (Barcelona 1982) pp. 63-71.

25 Enc. *Redemptor hominis*, n. 10. Sobre la relación entre unión vital, oración, contemplación y conocimiento, ver, entre otros textos: 'Alocución a la Adoración Nocturna Española' (Madrid, 31.X.82), oración final; 'Homilía en Avila' (1.XI.82) nn. 5-8 'Discurso en Segovia' (4.XI.82) nn. 3-6.

26 Enc. *Redemptor hominis*, n. 10, inmediatamente después de las frases citadas en la nota anterior.

sacramento universal de salvación, dando a esa expresión una orientación cristológica. La Iglesia —afirmaba en Barcelona— «es sacramento universal de salvación, signo e instrumento de la gracia de Cristo en la que renacemos a vida nueva»<sup>27</sup>. «La Iglesia —añadía en Valencia— no es una realidad meramente humana, sino el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, el sacramento universal de salvación... En ella Cristo vive, se hace presente, se acerca a los hermanos y se comunica al mundo»<sup>28</sup>. La Iglesia, había dicho días antes en Madrid, es la «presencia permanente (de Cristo) en la historia»<sup>29</sup>.

La Iglesia forma parte del proceso de la revelación porque en ella está Cristo fuente a la revelación, Evangelio vivo. En ella se conserva la memoria de las palabras y acciones de Jesús. En ella se comunica su vida. La Iglesia es el ámbito del acceso a Cristo y el fruto o expresión de la unión que de ahí resulta. Todo lo cual, en términos de misión, nos conduce a una de las formulaciones más características del magisterio de Juan Pablo II: la descripción de la Iglesia como comunidad ordenada a hacer posible el encuentro de todo hombre con Cristo. «En definitiva —proclamaba ante los educadores cristianos, reunidos en Granada—, el anuncio del Evangelio, el servicio a la fe, es acercar a Cristo a los hombres y acercar los hombres a Cristo»<sup>30</sup>. Y, en la *Redemptor hominis*: «La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella»<sup>31</sup>.

El cumplimiento de esa tarea exige de la Iglesia una condición radical, que Juan Pablo II formula con frase gráfica: «trasparencia de Cristo»<sup>32</sup>. La Iglesia no es pantalla, que vela el rostro de Cristo y hace imposible la comunión de los hombres con El, sino signo de la presencia de Cristo, realidad que lo manifiesta y da a conocer, precisamente porque ella misma es Cristo presente en la historia, fruto

27 'Homilía en el Nou Camp' (Barcelona, 7.XI.82) n. 3.

28 'Mensaje a los seminaristas de España' (Valencia, 8.XI.82) n. 4.

29 'Discurso en la Universidad Complutense' (Madrid, 3.XI.82) n. 4.

30 'Discurso a los educadores' (Granada, 4.XI.82) n. 4.

31 Enc. *Redemptor hominis*, n. 13.

32 'Discurso en la Universidad Complutense' (Madrid, 3.XI.82) n. 4; la misma expresión, reeferida a los sacerdotes, en el 'Mensaje a los seminaristas de España' (Valencia, 8.XI.82) n. 3.

del actuar de Cristo en los hombres con toda su fuerza salvadora. La transparencia es así, realidad otorgada, don inamisible, ya que Cristo no se retira jamás de la historia, y, al mismo tiempo exigencia, invitación apremiante, dirigida a la Iglesia y a cada cristiano, a identificarse con Cristo presente en ellos, a fin de mostrarlo cada vez con mayor nitidez. En este segundo sentido, transparencia equivale a fidelidad, otro término clave en la predicación del actual Pontífice.

Detallando más podemos decir que esa fidelidad se mueve en dos direcciones o implica dos componentes. Fidelidad, en primer lugar, en la trasmisión del mensaje recibido, es decir, fidelidad en la proclamación mediante la palabra del designio divino de salvación y, radicalmente, de Cristo mismo, en quien ese designio culmina y se condensa. El servicio al encuentro de los hombres con Cristo, exige hablar de Cristo en su entera verdad, sin proceder a reduccionismos o acomodaciones del Evangelio. Hay que presentar sólo a Cristo y a todo Cristo, según la memoria que de El conserva la Iglesia. «No somos propietarios discrecionales del anuncio que recibimos; somos responsables de un don que hay que transmitir con fidelidad»<sup>33</sup>. Conscientes, por lo demás, de que esa fidelidad es condición de eficacia, ya que el Evangelio, al dar a conocer a Cristo, posee fuerza por sí mismo. «Con el temor y el temblor de la propia fragilidad, el apóstol confía en la *manifestación del espíritu*, en la fuerza persuasiva del *poder de Dios* (1 Cor 2. 4-5). No se trata de amoldar el Evangelio a la sabiduría del mundo. Con palabras que podrían traducir la experiencia de Pablo, hoy se podrá afirmar: No son los análisis de la realidad, o el uso de las ciencias sociales, o el manejo de la estadística, o la perfección de métodos y técnicas organizativas —medios útiles e instrumentos válidos a veces— los que determinan los contenidos del Evangelio recibido y profesado (...). Sólo Cristo! Lo proclamamos agradecidos y maravillados (...). Es el anuncio que la Iglesia confía a todos los que están llamados a proclamar, celebrar, comunicar y vivir el Amor infinito de la Sabiduría divina. Es ésta la ciencia sublime que preserva el sabor de la sal para que no se vuelva insípida, que alimenta la luz de la lámpara para que alumbré lo más profundo del corazón humano y guíe sus secretas aspiraciones, sus búsquedas y esperanzas»<sup>34</sup>.

33 'Homilía en Toledo' (4.XI.82) n. 4.

34 *Ibid.* Otros textos en sentido análogo: 'Discurso a la Conferencia Episcopal Española' (Madrid, 31.XI.82) n. 5; 'Discurso a los teólogos españoles (Salamanca,

Esa «ciencia sublime», esa luz capaz de alumbrar «lo más profundo del corazón humano», la anuncia y la proclama de la Iglesia no en abstracto, sino desde su propio ser. La revelación es manifestación y entrega, Dios comunicándose y dándose a conocer en el proceso mismo de su comunicación. La Iglesia no sólo conserva la memoria de Cristo, sino que Cristo está presente en ella. Y es esa presencia lo que anuncia, abriendo a cada hombre el camino de un encuentro que en ella ya se ha realizado. Quien se une a Cristo, quien «lo reconoce y confiesa como Señor», está, desde ese mismo momento, «bajo la manifestación y el poder del Espíritu», y ahí «radica el centro del anuncio y testimonio de la fe cristiana»: en una salvación real, acontecida, entregada, recibida, que se está llamado a confesar y manifestar «con la palabra y con la vida», en «una adhesión plena a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre crucificado para nuestra salvación y resucitado por el poder de Dios»<sup>34</sup>.

El cristiano no es mero narrador, sino testigo. Y testigo no de acontecimientos de los que ha sido espectador o de los que ha recibido noticia, pero a los que permanece ajeno, sino de acontecimientos y realidades que son vida en él. Ciertamente esas realidades —la vida y el amor de Dios— le trascienden, y por eso lo que anuncia no es su propia experiencia, sino la fe de la Iglesia, el misterio desvelado en Cristo pero no le son extrañas, puesto que le han sido comunicadas. El testimonio cristiano connota, por eso, fidelidad no sólo en la enunciación temática del anuncio sobre Cristo, sino en el seguimiento y la identificación con Cristo mismo. Y ello no por mera coherencia, sino, más hondamente, porque se trata precisamente de un testimonio y de un «testimonio vivo»<sup>35</sup>, de la testificación con la vida misma de una realidad presente y activa.

Por eso «la primera actitud del testigo de la fe es profesar esa misma fe que predica, dejándose convertir docilmente por el Espíritu de Dios y conformando su vida a esa Sabiduría divina»<sup>36</sup>. Los cristianos, enviados a confesar la fe han de saberse llamados a «vivir ante todo ellos mismos esa fe», a trasmitirla no sólo con la palabra sino también, y sobre todo con su profesión íntegra, con la fe misma «asu-

1.XI.82) nn. 2 y 5; 'Encuentro con los religiosos' (Madrid, 2.XI.82) nn. 4-5; 'Homilía durante la ordenación sacerdotal' (Valencia, 8.XI.82) n. 7; 'Mensaje a los seminaristas de España' (Valencia, 8.XI.82) n. 4.

34 'Homilía en Toledo' (Toledo, 4.XI.82) n. 3.

35 'Discurso a las religiosas' (Madrid, 8.XI.82) n. 6.

36 'Homilía en Toledo' (Toledo, 4.XI.82) n. 3.

mida como estilo de vida»<sup>37</sup>. Esa es la exigencia suprema del testimonio y, a la vez, lo que la Iglesia y el mundo necesitan con urgencia suma: «poder ver vivo el Evangelio» en el discípulo y seguidor de Cristo<sup>38</sup>, contar con «testigos de la experiencia de Dios»<sup>39</sup>, con «amigos fieles del Amigo fiel»<sup>40</sup>.

Desde cualquiera de las perspectivas que consideremos la revelación —la realidad sobre la que versa, la fuente en la que subsiste, las actitudes que implica su recepción o su trasmisión y testificación histórica—, Juan Pablo II nos invita a comprenderla como realidad de comunicación y de encuentro, de vida otorgada, manifestada, recibida y conocida. E, inseparablemente, como realidad centrada en Cristo, que es su consumidor, su contenido, su fuente viva, aquel en quien el creyente confía, a quien se une y cuya vida recibe y testifica.

En las palabras pronunciadas al comenzar la visita a España, el Romano Pontífice declaró que los objetivos de su viaje eran confirmar en la fe, confortar la esperanza, alentar las energías de la Iglesia<sup>41</sup>. A decir verdad esos tres objetivos se relacionan con esa intención de fondo de que hablábamos al principio y pasan a través de su enseñanza sobre la revelación. Porque a lo que Juan Pablo II aspira es, en última instancia, a provocar en la Iglesia la conciencia de su unión con Cristo y de las riquezas que esa unión implica, de forma que cada cristiano se reconozca dotado de verdad y de sentido, y capaz por tanto de ofrecer una y otro a un mundo que los niega a veces, los entrevé otras, pero que siempre, aún en medio de las negaciones, aspira a ellos.

JOSE LUIS ILLANES MAESTRE

Facultad de Teología

Universidad de Navarra (Pamplona)

37 'Discurso a los educadores' (Granada, 5.XI.82) n. 4.

38 'Discurso a las religiosas' (Madrid, 8.XI.82) n. 6.

39 'Mensaje a los seminaristas de España' (Valencia, 8.XI.82) n. 3.

40 'Encuentro con los sacerdotes' (Moncada, 8.XI.82) n. 4. Sobre la fidelidad como rasgo del testimonio tanto religioso, como sacerdotal y laical, el texto clave sigue siendo la encíclica *Redemptor hominis*, n. 21.

41 'Saludo en el aeropuerto de Barajas' (31.X.82) n. 6.